

Cuatro Poemas

ADIOSOS INCLINADOS

No gotean más adiosos-monedas
porque las planchas están tendidas
y a los adiosos les gusta resbalar
jugando al tobogán.

Las cabezas inclinadas ("La Voz del Amo")
saludan al llegar.

Los viajeros son estorbo para las gasas
que tienen ganas de volar.

Y los barcos, cachorros de leones,
con muchas ganas de dormirar.

Los puertos tienen tibieza en las aguas,
y tibieza en el aire, grata de respirar;
los puertos son como plazuelas en las aguas
donde los barcos se allegan para conversar.

Para decirse esas cosas que hay que decirse
tras mucho tiempo de caminar.

Mi alma va a los puertos,
novedosa gaviota,
plancha sobre las naves
pidiendo para ellas la clemencia del mar.

Ya no caen más adiosos del árbol del navío.
Los más maduros, con las oscilaciones,
se acaban de derrumbar.

CUATRO MARINEROS MASCAN LA NIEBLA

En los fosos del cielo,
caídos de la estrella de un farol,
cuatro marineros,
—cuatro tremendos marineros—
cuatro marineros
cortan tajadas de niebla con los hombros,
y la mascan con las mandíbulas del paso acelerado.

Van a embarcarse.
Las mujeres han cerrado de niebla
las escalerillas de los embarcaderos.
¡Que no se vayan los marineros de la ciudad!

La niebla —sirena de tierra y de mar—
quiere engañar.
a los que van a navegar.

Cuatro marineros, apurados,
van mascando la niebla
con las mandíbulas de unos pasos desmesurados.

AVIONICOS

Limpieza del camino aéreo.
¡Quién barre este camino?
¡Quién limpia el polvo de luz
que se asentó sobre la carretera azul!

¡Dónde, en qué nido de qué árbol
hace nido el avión!

¡Para qué ese trabajo
—¡oh, pájaro metálico!—
de llevar y traer agobiadora carga?

Necesito pichones de avión.

piar de aviones,
ensayos de vuelos,
en torno del árbol de la aurora,
ramas de estrellas
frutos: sol y luna
cúfdos sobre la raíz horizontal
del horizonte.

AVIONICOS (II)

Picoteo de aerodromos;
vamos a moler un poro de sol, hélices.

Exhausto el cacharro de la nafta,
dentro de la jaula de aereos hay sed suelta.

¿Dónde beberá la sed del avión exhausto?

Vamos a picotear en los aerodromos.
A buscar sustento
dos veces sustentador,
—¡oh, avión!—,
que cres la cuneta con hilo de miradas,
para remendar el cielo con parches de progreso.

Alfredo Mario FERREIRO



El más admirable de Rafael Argelés pone aquí de manifiesto el espíritu hondo, inquieto y siempre ávido de saber más de Angel Aller.

Argelés sabe dibujar y sabe pintar. Eso es mucho, en esta época, en la que se suele hablar con desdén de lo que no se conoce. Disciplinado, ideal, fedándose siempre, su espíritu recorrió toda la escala de valores: pleróricos, desde los primeros clásicos a los contemporáneos para llegar depravado a ser lo que es. Un pintor, que con rara espontaneidad, al primer golpe de vista, ya "ve el cuadro" en la figura o en el paisaje y en una sauidad de color, armonía de líneas, aprieta el rasgo saliente.